

III EXALTACIÓN A NUESTRO PATRONO SAN SEBASTIÁN

SALUTATIO

Reverendos D. Francisco y D. Cayetano.

Excelentísimo Señor Alcalde, Miembros de la Corporación Municipal, Señor Hermano Mayor y Miembros de la Junta de gobierno.

Hermanos Mayores de las distintas Cofradías y Hermandades, queridas familias; amigos y amigas, a todos, buenas noches.

EVOCATIO

Rebosa ya el almendro de su flor, anunciando las alegrías de una pronta redención pascual, y la luz del sol tiñe de rojo el alto cielo, del rojo de la sangre de los santos mártires, derramada para lavar sus vestiduras en la sangre del Cordero y poderlo alabar eternamente.

¡Oh glorioso San Sebastián!,

A ti dirigimos hoy nuestra exaltación,

A ti que no dudaste en beber por tu amor el cáliz de la sangre de Cristo,

A ti, qué como insigne cirineo no dejaste a Jesús solitario camino del Calvario, venimos a venerar.

Juan Antonio Ríos Jiménez

PRAESENTATIO

Fuente de fe y de luz es la memoria de San Sebastián para nuestra Lanjarón, puesto que de él, y de otros, aprendimos el valor del martirio, que es el dolor de cada día, pero también es alegría porque el cristiano encuentra su alivio y acepta su dolor en la alegría de servir al Señor.

AGRADATIO

Me gustaría comenzar mis palabras agradeciéndole a D. José Luis, Hermano Mayor de San Sebastián y a la Junta de gobierno el haber depositado en mí la responsabilidad de exaltar este año la gloria de San Sebastián, Patrono de nuestra villa de Lanjarón, por lo cual también os agradezco a vosotros, hoy presentes, y a aquellos que en el pasado recibieron la protección de Nuestro Santo Patrono, vuestra presencia y dedicación, y para ello, me gustaría hacerlo con la siguiente oración:

CONVOCATIO

Santo Sebastián: Tú combatiste hasta la muerte por ser fiel a Jesucristo, sin temer las amenazas de los enemigos, porque tu fe estaba cimentada sobre roca firme, y es por esto, que la muerte estupefacta, contempla vuestra victoria, sintiéndose vencida.

A ti imploramos, porque usaste de tu intrépido valor forjado en la batalla para ejercer de profeta y fuiste justo perseguido; permite que podamos seguir tus huellas para hacer la milicia del buen anuncio del evangelio de Nuestro Señor Jesucristo. Amén.

ACEPTATIO

Amigos de Lanjarón, de mi Lanjarón. Para mí es un auténtico placer y un honor, cantar esta proclama. No obstante, en confesión os digo que ha supuesto un reto, a la vez que un honor, y por eso, desde ya, quisiera pedir perdón si es que me dejo llevar por el mensaje que mi corazón ansía transmitir.

ANNUNTATIO

Dejaremos en breve el bello período de la Navidad, y en breve, empezaremos a prepararnos para misterios más profundos, que desde siempre se han asociado con el inicio de la primavera, pues bien, entre Navidad y Pascua, todo se prepara, y el 20 de Enero, celebrando la fiesta de San Sebastián, nos preparamos, y anunciamos –cómo el almendro con su flor- el gran martirio del Salvador.

En mi proceder, he visto conveniente ahondar en el sentido de porqué estamos hoy reunidos Exaltando a San Sebastián, y porqué es nuestro Patrón, puesto que conociendo nuestras tradiciones, podremos interpretar el presente y preservar el futuro de nuestro patrimonio heredado:

EXALTATIO

No es de extrañar, que gran parte de Andalucía, y en especial, el antiguo Reino de Granada, presenten cómo más habitual patrón a San Sebastián, el Santo guerrero. Esto se debe a la inquebrantable fe de los Reyes Católicos, que encomendaron las nuevas conquistas bajo su protección, cosa habitual en territorios fronterizos, y dónde

se ve de forma más especial es en la Comarca de la Alpujarra, dónde se produjo la famosa rebelión de los moriscos, que tuvo que ser sofocada por Don Juan de Austria, excelente militar y muy devoto de San Sebastián, el cual terminó de expandir la devoción del perfecto soldado en nuestras tierras.

De hecho, según queda registrado en los archivos de la Parroquia, antes de que la talla que hoy nos preside llegase al pueblo, en la segunda mitad del siglo XVII, ya se ofrecían misas implorando la protección de San Sebastián. Poco después, la devoción, que fue en aumento, propició la constitución de la hermandad y la construcción de esta ermita, que junto con su gemela de San Roque delimitaron los márgenes de la antigua villa, y sacralizaron su espacio y su devenir histórico. De hecho, fue a San Sebastián y a San Roque, que se les invocó cuando en noviembre de 1885 entró el cólera en el pueblo, y esto debido a la asociación que ya desde antiguo situaba a estos santos cómo protectores contra las epidemias, y de esto pueden dar testimonio nuestros mayores, ¡Benditos mayores! que todavía recuerdan las numerosas procesiones en acción de gracias por el cólera, los terremotos y otros desastres naturales. Pero San Sebastián, quiso mimar más al pueblo en otras ocasiones, cómo el milagro ocurrido cuando a la espera de la invasión de las tropas napoleónicas, éstas se retiraron por ver en los terrenos de la ermita un ejército incontable de combatientes, o aquella ocasión en que logró salvarse de su destrucción durante la Guerra Civil, gracias a la devoción de unos hermanos. ¡Bendito San Sebastián, tampoco en aquella ocasión quisiste abandonarnos!

Y éstos méritos le hicieron conseguir el Patronazgo de Lanjarón en 1804 por bula de Pío VII.

Pero dejémonos de historias, que de poco sirven si mueren los sentimientos y con ellos los recuerdos, y hagamos experiencias profundas, que quedarán para siempre en nuestros corazones. Por ello os invito a conocer a Sebastián, aquel joven, que supo fiarse de aquel que nunca falla:

PROCLAMATIO

Nació en Narbona en el año 256 d. C., era un «fidelísimo cristiano» que, sin embargo, ostentaba el cargo de jefe de la cohorte pretoriana de Roma. Su nombre: Sebastián, y se encontraba al servicio de los emperadores romanos Diocleciano y Maximiano, los mismos que mandaban ejecutar a todos aquellos que difundían la doctrina de Cristo. Aún así, el soldado Sebastián, que era un joven generoso y bizarro en su conducta y tan abnegado respecto de sí mismo como solícito cuando se trataba de sus semejantes, reunía en su persona la nobleza hermanada con la sencillez, y la prudencia con la grandeza de alma, se había atraído la simpatía de cuantos le trataban, de cualquiera condición que fuesen. Nadie podía dudar de su lealtad al emperador, pero todo el mundo sabía que era cristiano. Sebastián no lo disimulaba. Entraba en los subterráneos de las Catacumbas, favorecía a sus correligionarios en la corte aprovechando los beneficios de su cargo para ayudar y confortar a los creyentes que los romanos apresaban para dar muerte.

Era un apóstol, un propagandista, cuya palabra ardiente sostenía a los que vacilaban, llevaba la luz a los que caminaban en la duda, llenaba de valor a los que se preparaban para luchar. No había dejado de ver la tormenta que se avecinaba; pero, lejos de infundirle temor, aquello le enardecía más aún, y poco a poco sentía que la gracia del martirio iba madurando en su pecho.

Nuestro patrono intercedió varias veces por el bienestar espiritual de los cristianos capturados, amén de convertir a la 'religión verdadera' a un gran número de centuriones. Ello le supuso una denuncia por traición al considerarse que, aún siendo escolta de los emperadores Diocleciano y Maximiano, trabajaba clandestinamente contra éste y los dioses del Imperio. Diocleciano, a la postre, tuvo que ordenar su ejecución: Le condenó a «ser llevado al campo, atado a una estaca y muerto a flechazos». Los verdugos le dispararon hasta dejarle «tan lleno de flechas como un erizo de púas» y, creyendo que ya había muerto, se marcharon». Fue cosido a flechazos, que milagrosamente no llegaron a causarle la muerte, y malherido, lo encontró Santa Irene, viuda del mártir San Cástulo, quien lo llevó a su casa, dónde curó sus múltiples heridas de las que sanó con milagrosa rapidez. Es curioso cómo tuvo que ser Santa Irene, cuyo nombre significa Paz, la que curó a este guerrero de la fe de sus heridas de guerra.

Tras no fenecer en este tormento, Sebastián se convirtió en Confesor, que era una distinción comprada con sangre, los confesores eran mártires que habían sobrevivido, y con su sufrimiento demostrado la valía de su fe, de hecho ellos eran garantes de la fe. Pero Sebastián, una vez restablecido, se presentó de nuevo ante el emperador para

pedirle que dejara de perseguir a los cristianos. El César romano, que creía muerto a Sebastián, ordenó que lo apalearan hasta que constase con toda certeza que lo habían matado, y después arrojaran su cuerpo a la cloaca máxima de manera que los cristianos no pudieran recuperarlo ni tributar a sus restos el culto con que honraban a los mártires». A pesar de las medidas preventivas del emperador, Sebastián, tras su muerte, se apareció a Santa Lucía para indicarle el lugar exacto donde estaba su cadáver para que éste pudiera recibir digna sepultura. Esto sucedió en el año 290 de la era cristiana muriendo con la misma edad de Cristo.

Pero no será solamente por este motivo que San Sebastián nos recuerde a Cristo, de hecho todos los Santos lo hacen, porque se han configurado con él, y lo han hecho estandarte de salvación. Veamos en qué medida San Sebastián nos conduce a Cristo:

Ambos entregaron su vida amarrados a un madero, despojados de sus vestiduras, con el cuerpo cubierto tan sólo por un paño y atravesados por objetos punzantes que les produjeron sangrantes heridas, aunque murieron a causa de la pasión de un brutal apaleamiento, y ambos fueron recogidos por una Santa mujer que nos recuerda a nuestra Madre la Iglesia al acoger en su seno a los difuntos en Cristo.

No en vano dice San Agustín de Hipona en sus sermones, que «en la cruz se realizó un excelso trueque; allí se liquidó toda nuestra deuda, cuando del costado de Cristo, traspasado por la lanza del soldado manó sangre que fue el precio de todo el mundo, [...] y la fe de los mártires es

testimonio de ello, [...] el que reina en el cielo regía la mente y la lengua de sus mártires, y por medio de ellos, en la tierra, vencía al diablo, y en el cielo, coronaba a sus mártires».

Fijémonos en nuestro Santo Patrono: La figura aparece en un estado puramente agónico, a punto de derrumbarse. La sangre cae de sus heridas con un fúnebre rojo oscuro. Pero todo se concentra en el rostro, el rictus de su boca abierta, y los ojos vueltos hacia arriba. Fijémonos en su mirada, en esa terrible mirada que busca la visión directa de Dios, que se eleva más allá del horizonte y se concentran en el rostro: dolor, martirio, éxtasis místico y delectación celeste. En suma, una agonía santa. San Sebastián experimenta la muerte corporal inminente en favor de otra vida. Está en suspenso entre el mundo del cuerpo que todavía no ha abandonado enteramente, y el mundo del espíritu, que aún no alcanza por completo. Está empezando a conocer a Dios directamente, es lo que solemos llamar, la visión beatífica. El mártir, busca más arriba, con una mirada extática, casi alucinada, la eternidad que anuncia el mensaje evangélico. Está reconfortado, su sufrimiento alguien lo ha aliviado, y le ha dado las fuerzas para poder mirar hacia el cielo, implorando perdón por sus agresores, los cuales fueron ya redimidos en otro madero por Jesús.

Al revés de San Sebastián, debemos imaginarnos a los ejecutores, compañeros suyos de la cohorte, que mantienen la vista adherida a su tarea terrestre; y solamente la levantan para fijar el blanco y apuntar, o la bajan para volver a cargar los arcos. ¡Qué tristeza tener qué desempeñar esa función, ajusticiar a un inocente! Pero ¡Qué alivio de ver al Santo reconfortado!

Juan Antonio Ríos Jiménez

Dice San Pablo en su segunda misiva a los Corintios:

«Nos aprietan por todos los lados pero no nos aplastan; estamos apurados pero no desesperados; acosados, pero no abandonados; nos derriban, pero no nos rematan; en toda ocasión y por todas partes, llevamos en el cuerpo la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo. [...] Si se destruye este nuestro tabernáculo terreno, tenemos un sólido edificio construido por Dios, una casa que no ha sido levantada por mano de hombre y que tiene una duración eterna en los cielos.[...] [Porque] lo mortal quedará absorbido por la vida. Dios mismo nos creó para eso y como garantía nos dio el Espíritu».

Ahora, fijémonos en sus heridas, mirad cómo por sus orificios asaetados se derrama la sangre comprada por Cristo, porque si Cristo fue su comida, y su sangre fue su bebida, contemplándolo recibimos las gracias de su intervención comprada bajo el crisol de la pasión. No es en vano, qué muchas veces se represente con 5 flechazos qué nos recuerden las 5 yagas de Cristo, tal y cómo pasó con San Francisco de Asís.

Nuestro Patrón se muestra inmune a las saetas que penetran en su carne, refleja esto la fuerza que le infundió el Altísimo para vencer la tribulación. Por otra parte, no es en vano qué de los dos martirios que tuvo, sé represente con mayor frecuencia el primero: la asociación de la idea de epidemia a la de las flechas, es antigua, por no decir ancestral, y, en la tradición cristiana, se suponía que San Sebastián, mártir asaetado, intercedía por la humanidad ante las flechas divinas e invisibles de la enfermedad.

Durante la peste de Roma del 680 d.C. fue invocada su protección particular y desde entonces la Iglesia Universal lo ve cómo abogado especial contra las epidemias, y en general se le considera un gran defensor de la Iglesia, además de protector de arqueros, atletas y soldados.

La peste, se asimiló a los flechazos, por su rapidez en dar muerte, como por su distribución ciega y aleatoria, que alcanza tanto al señor como al villano.

Este fenómeno protector se llama fervor taumatúrgico, del cual también gozan otros santos recuperados milagrosamente de llagas, martirios ó epidemias cómo San Roque, que sobrevivió a la Peste Negra. Éste Santo, junto con la Virgen de la Candelaria, la del Rosario y San Vicente Ferrer protegieron a nuestro pueblo de la tribulación en varias ocasiones, cómo en la epidemias de Cólera de 1854, o los terremotos de 1884.

Fijémonos por último en su faldellín, banda y banderola: El Santo viste de rojo púrpura, éste color es quizás el más significativo para la cultura occidental, representa la pasión, la fuerza y el poder, en la jerarquía eclesiástica lo revisten los Cardenales, y en la liturgia se reserva para la conmemoración del martirio, principalmente del martirio de Jesucristo, el cual, vino al mundo para redimirnos, y es por esto que en estas fechas tan señaladas lo hayamos visto usado litúrgicamente. Pero el rojo también se usa en la celebración de la memoria de un santo mártir, porque los mártires, con su sangre compraron este honor, ellos han lavado sus vestiduras en la sangre del cordero y dan testimonio de la Salvación en Cristo.

INVITATIO

Cerrando este punto, me gustaría invocar a San Sebastián cómo Santo abogado de las epidemias y plagas, porque, ya están vencidas las epidemias de la antigüedad, ya no existe el cólera, la lepra o la peste. En nuestros días estamos sufriendo nuevas formas de epidemias y de persecuciones, y a San Sebastián le debemos pedir hoy su protección:

Pidámosle protección frente a las plagas del siglo XXI: La plaga del hambre, que está asolando nuestro mundo y obligando a familias enteras a salir a la calle en busca de un pan, por aquellas abuelas que han dejado su bienestar y reparten sus pagas en ayuda de todos sus hijos y nietos que están en el paro, por aquellos padres que a pesar de ser trabajadores, hoy se ven privados de un trabajo una casa y un bienestar, por aquellos niños, que salen con sus padres a pedir a la calle y rebuscar entre basuras algo que llevarse a la boca.

Pidámosle también su intercesión por los enfermos, por nuestros enfermos, y en especial aquellos que no puedan pagar sus medicinas, o que están solos o aquellos que han sido desahuciados por los médicos al sufrir el cáncer o el sida, epidemias también de nuestra época.

Y pidámosle fuerza ante el combate diario, puesto que en la época de los césares romanos, se perseguía a sangre y espada, pero ahora, la persecución es mucho más sutil, y se realiza con ideas y palabras, pidámosle no caer en la relatividad, en la crisis profunda de valores éticos, morales y cristianos que sufre nuestra sociedad, en el sinsentido de

la indiferencia ante el padecimiento ajeno, o en la falta de caridad entre hermanos.

Y hagámoslo todo, aclamando directamente a Dios Padre, el Dios de todo poder y misericordia, que infundió su fuerza a San Sebastián para que pudiera soportar el dolor del martirio, y pelear el combate de la fe hasta derramar su sangre:

INVOCATIO

Te pedimos, Padre Eterno, que concedas a los que hoy celebramos su victoria vivir defendidos de los engaños del enemigo bajo tu protección amorosa y que por su intercesión nos ayudes a sobrellevar por tu amor la adversidad, y a caminar con valentía hacia ti, fuente de toda vida. Esto te lo pedimos por Jesucristo, Nuestro Señor. Amén.

MANIFESTATIO IDENTITATIS

Para dar conclusión a este acto, me gustaría agradeceros vuestra cariñosa presencia, a vosotros que sois Lanjarón, que me habéis ofrecido la oportunidad de devolver a este pueblo con estas palabras una pequeña parte de lo que me ha dado, del inmenso cariño con que siempre me he sentido acogido, de las tradiciones y pasiones que he heredado de vosotros, del amor a San Sebastián, que es la causa de que estemos aquí ahora.

Porque verán ustedes; sin vuestra dedicación constante, sin vuestro día a día, no existiría pueblo alguno que llamar casa. Debemos sentirnos orgullosos de ser lo que somos, porque esta tierra de norte a sur y de este a oeste, está

sobrada de belleza, de ritos, de costumbres y de artistas, porque desde la ermita de San Roque hasta la de San Sebastián, desde la de San Isidro hasta el Tajo de la Cruz, reboza sentimiento, reboza una manera diferente de amar y de entender sus propios signos de identidad cómo lo es nuestra fiesta de San Sebastián, y sin más demora, cantemos todos juntos el Himno de Nuestro Patrón:

ACLAMATIO

HIMNO DE SAN SEBASTIÁN

*A ti, Oh Sebastián glorioso,
Siempre acudimos con fervor,
A ti, oh Santo victorioso,
Te bendecimos con amor.
Ante tu altar fervientes suplicamos,
Con ansiedad, que nos venga la paz,
Y a este tu pueblo que tanto te ama,
Recíbelo amoroso y mira con piedad.
Escúchanos, oh Santo incomparable,
Serás siempre nuestro Patrón,
Y Lanjarón promete siempre amarte
Y bendecirte de todo corazón. (bis)*

MANIFESTATIO PLENA

Muchas gracias, por su atención, viva Lanjarón, vivan sus Santos Patrones, y ¡Viva San Sebastián!